

Productividad: Clave para la competitividad

La semana pasada compartí una comida con un grupo de empresarios con el objetivo de analizar los aspectos relativos a la transición de la economía industrial a la economía del conocimiento. La comida surgió a raíz de mi conferencia del pasado 17 de noviembre en la Jornada Lérida-Empresa que organizó el Círculo de Economía de Lérida para tratar la gestión del conocimiento y el capital humano en el seno de la empresa del siglo XXI.

Los industriales estaban muy sensibilizados con el impacto del proceso de globalización de la economía y la debilidad de España, de rebote la catalana, a raíz de los malos ratios de productividad y competitividad, hecho que añadido al bajo nivel de internacionalización - entendido como capacidad de distribuir el proceso productivo a lo largo del planeta- plantea un escenario económico muy incierto a medio plazo, a menos que se asuma con fuerza este desafío y a la vez se aborde una estrecha colaboración con las universidades y centros de investigación para afrontar programas de I+D+i.

En esta línea, el grupo constató que la economía española es la única de la Unión Europea que a pesar de su crecimiento y creación de ocupación, ha perdido productividad desde 1995. En este sentido, en el período 1995-2002 perdió un 0,4% mientras que el incremento medio de la UE de los 15 fue de un 1,2%. Una lista que es encabezada por Irlanda con un incremento del 3,6% seguida por Grecia con un 3,3% (según explicita el último informe de SIE'05 de Telefónica, citando también a OIT, IMD). Unos datos que son aún más desconcertantes si consideramos las cifras de Eurostat 2003, que indican que en el mismo período, Estados Unidos alcanzó un incremento del 118,81% si tomamos como base 100 el incremento de la UE15. Un panorama que no se corresponde con la posición que las cifras macroeconómicas de crecimiento y producción otorgan a España, aunque sí explican los índices de pérdida de competitividad, que son fruto de este descenso de productividad. Algunos de los empresarios, recordando diversos ponentes de la Jornada Lérida-Empresa, constataron que el incremento de las inversiones en las TIC y la capacitación de su uso es la vía para superar esta grave deficiencia.

Siendo cierto que las empresas catalanas y españolas deberían incrementar las inversiones en tecnología y extraer de las mismas la máxima potencialidad, hay que asumir que no es suficiente, y que se debe encuadrar el proceso productivo en los parámetros que rigen la economía globalizada actual. El primero es el relativo al tiempo en que un avance tecnológico puede ser incorporado a la estructura productiva; es decir, unos tiempos muy cortos y que dotan de más potencialidad a las organizaciones con capacidad de incorporarlos y de utilizarlos con eficacia y eficiencia. El segundo hace referencia a la competencia global, cosa que implica escenarios competitivos desequilibrados y heterogéneos, y el tercero es la regionalización planetaria en cuanto a conocimientos y sectores productivos.

En esta línea las empresas requieren afrontar los retos de la productividad y la competitividad como un binomio indisoluble en el seno de la economía del conocimiento, asumiendo la importancia de las personas y su talento, canalizándolo y permitiendo que aflore para facilitar la innovación requerida para alcanzar la máxima rentabilidad por hora de trabajo. Éste es un aspecto que no se puede olvidar, ya que el Estado Español presenta incrementos de rentabilidad por hora trabajada muy bajos. Si

en la OCDE se incrementó un 1,99% en el período del 1994 al 2003, y la UE15 un 1,7%, España exclusivamente subió un 0,38%.

Por todo ello, adicionalmente a las requeridas inversiones tecnológicas, a lo largo del encuentro se constató que sería necesario actuar en las líneas siguientes: posibilitar la continuidad en el flujo de desarrollo del conocimiento (I+D) en los centros de investigación y universidades con el de su aplicación en los procesos productivos. Facilitar el surgimiento de redes que fomenten el emprendizaje y la innovación con la complicidad y sintonía con las estructuras productivas actuales, ajustar los marcos legislativos para facilitar los cambios organizacionales, la cooperación transversal y intersectorial de las empresas, la formación de la población ocupada y la incorporación de titulados universitarios al proceso productivo.

Un conjunto de actuaciones posibles y factibles para el tejido productivo y la sociedad catalana, ya que se dispone de voluntad y personal preparado para hacerlo. De todos modos se debería incrementar el gasto público y privado en I+D+i para cumplir de forma integral los objetivos de Lisboa; incentivar y primar las actuaciones que faciliten la conexión de la universidad y la empresa que permitan garantizar que el avance científico y tecnológico lleguen con celeridad a la empresa; promover el desarrollo de un potente sector TIC altamente cualificado y especializado para facilitar la incorporación de los avances y disponer de las herramientas adecuadas; incorporar políticas de innovación integral con especial énfasis en producto y organización; y asumir los estilos de liderazgo y aprendizaje propios de la economía del conocimiento.

Antoni Garrell i Guiu
President
Cercle per al Coneixement